

Donde Nacen los Sueños

Samuel Sandoval

No sé cómo si quiera llegue a ese lugar. Quizás no tenía nada mejor que hacer, quizás porque gracias al terremoto en el pueblo se había cortado el internet, o porque quizás el viejo Luis siempre me había pareció raro y quería ver qué estaba haciendo. De todas formas, ya estaba parada frente a los escombros de la biblioteca, mirando como ese anciano buscaba en los escombros como si se tratara de oro.

Tenía el cabello blanco, desordenado y con un chaleco marrón que parecía más viejo que él. Caminaba entre los escombros con un bastón que golpeaba las rocas tambaleándose y una bolsa colgada al hombro. Parecía frágil, pero había algo en él que me hizo quedarme a observar.

—Que está haciendo? —le dije, con más curiosidad que respeto

El anciano apenas levanto la cabeza.

—Buscando lo que se pueda salvar.

Entonces mire alrededor, solo había polvo, pedazos de madera, escombros y ácaros. Salvar, decía, como si hubiera algo que salvar.

—Salvar qué? —pregunte, cruzándome de brazos— No hay más que escombros.

Esta vez sí levanto la mirada, tenía los ojos grises como el cielo antes de llover y una expresión de angustia.

—Los libros—dijo el viejo, como si fuera obvio.

—Libros? — Me reí, aunque no sé por qué, supongo que me pareció una estupidez—. ¿Y para qué? Si ya nadie lee, mejor venda el papel de seguro ganara más con eso.

El viejo no se enfadó, en su lugar solo se volteó y me miró fijamente, tanto que incluso di un paso hacia atrás.

—Porque los libros no son solo papel, niña, son sueños, ideales, la gente olvida, pero los libros no.

No sé porque, pero me quede paralizada por lo que dijo o quizás como lo dijo, no lo dijo como si fuera una idea o lo dijo como si intentara convencerme. Lo dijo como si fuera un hecho, algo que lanzo al aire esperando que lo atrapen.

El seguía buscando mientras yo lo observaba hasta que se detuvo al encontrar un libro, decía Crónicas de San Estrella 1926. El anciano lo levanto como si fuera un tesoro y lo guardo en su bolsa. Ya estaba lista para irme me di la vuelta para hacer otra cosa, pero sus palabras se quedaban en mi cabeza no sé por qué.

—Lucia— dijo de repente.

Me detuve sorprendida por que sabía mi nombre.

—Si realmente crees que los libros no importan, ven mañana y te enseñaré por qué estás equivocada.

No le respondí y solo me alejé, mientras caminaba por las calles escambrosas, no podía dejar de pensar en el viejo y el libro que sostenía como un tesoro.

No planeaba volver. En serio, no. Pero a la mañana siguiente, mientras paseaba sin rumbo por las calles del pueblo, mis pies terminaron llevándome de regreso a las ruinas. Tal vez porque no quería admitir que el viejo me había intrigado, o tal vez porque sus palabras seguían rebotando en mi cabeza: *"Te enseñaré por qué estás equivocada."*

Ahí estaba, igual que el día anterior, solo que esta vez tenía un sombrero ridículo y unos guantes desgastados. Estaba inclinado sobre un montón de escombros, sacando pedazos de madera como si estuviera desenterrando un tesoro.

Me quedé a cierta distancia, observándolo en silencio. Parecía tan concentrado, tan seguro de lo que hacía, que no pude evitar sentir curiosidad. Finalmente, carraspeé para llamar su atención.

—¿Qué hace ahora, abuelo? —dije, intentando sonar indiferente.

El viejo se enderezó, con la espalda crujiendo como una rama seca. Me miró de reojo, pero no parecía sorprendido de verme.

—Llegas tarde —dijo, como si realmente me hubiera estado esperando.

—¿Tarde para qué? —pregunté, cruzándome de brazos.

—Para aprender algo —respondió, y me lanzó un par de guantes que saqué del aire por puro reflejo—. Ponte esto.

Lo miré como si estuviera loco, pero aun así me puse los guantes. Me acerqué a regañadientes mientras él seguía apartando escombros.

—¿Qué estamos buscando? —pregunté, esta vez con algo de curiosidad.

—Lo que quede con vida —respondió, y señaló hacia un rincón donde se veían las estanterías colapsadas.

Empezamos a trabajar en silencio. Bueno, él trabajaba en silencio; yo no podía evitar resoplar de vez en cuando. Quitábamos escombros, apartábamos madera rota y piedras, y, de vez en cuando, él encontraba un libro. La mayoría estaban destrozados, pero algunos tenían páginas que podían salvarse. Don Luis los limpiaba con una ternura que me desconcertaba.

Después de un rato, encontré algo.

—¡Oiga, viejo! ¿Esto sirve?

Saqué un libro que estaba casi intacto, con tapas de cuero marrón y letras doradas medio borradas en el lomo: *"Poemas de la Tierra y el Cielo."* No era gran cosa, pero por alguna razón, me sentí orgullosa de haberlo encontrado.

El viejo lo tomó con cuidado, como si fuera una reliquia. Sus ojos brillaron por un momento y, para mi sorpresa, me sonrió.
—Bien hecho, niña. Este es especial.

Rodé los ojos, pero no pude evitar sonreír un poco.

Mientras continuábamos, un hombre alto con un sombrero ancho y traje oscuro llegó al lugar. Era el alcalde, y desde lejos ya se notaba que no venía a ayudarnos.

—Luis, ¿qué crees que estás haciendo? —dijo con una voz que sonaba más cansada que enojada.

El viejo no dejó de trabajar.
—Salvando lo que importa.

El alcalde suspiró, como si estuviera hablando con un niño testarudo.

—Mira, Luis, sé lo importante que era esta biblioteca para ti, pero el pueblo tiene otras prioridades ahora. Casas que reconstruir, caminos que arreglar... No podemos perder tiempo en esto.

Algo en el tono del alcalde me molestó, aunque no sabía por qué. Tal vez porque hablaba de la biblioteca como si fuera solo un montón de escombros sin valor.

—No es tiempo lo que estoy pidiendo —respondió don Luis, finalmente mirándolo—. Es voluntad. Y no solo mía.

El alcalde suspiró otra vez, sacudiendo la cabeza antes de marcharse. Pero mientras lo veía alejarse, supe que aquello no iba a terminar ahí.

Al día siguiente, el sol brillaba con la misma indiferencia que siempre, pero en mi cabeza las cosas parecían diferentes. No podía dejar de pensar en las palabras de don Luis, en cómo miraba cada libro como si fuera una vida, como si fuera parte de algo más grande. Como si lo que había entre esas tapas no solo fuera papel y tinta, sino algo que podía cambiar el mundo.

Estaba en la plaza cuando vi a algunos de los jóvenes del pueblo, los que normalmente pasaban el día en el bar o en la tienda de chucherías. Estaban agrupados en un círculo, charlando, riendo, como si no tuvieran una preocupación en el mundo. Los miré por un momento y, de repente, me sorprendí a mí misma pensando en algo que no había considerado antes.

"¿Por qué no les cuento de los libros? ¿Por qué no pedirles ayuda?"

De repente, la idea me pareció ridícula. ¿Qué iban a saber ellos de libros? ¿Qué podía importarles a esos chicos sobre algo que se había quedado en el pasado?

Pero, al mismo tiempo, algo dentro de mí sentía que si ellos supieran lo que estábamos haciendo, podría ser el cambio que necesitábamos. La comunidad podía unirse por algo más grande que las paredes rotas de nuestras casas o las carreteras dañadas.

Con una mezcla de duda y determinación, me acerqué al grupo.

—Oigan —dije, mi voz algo vacilante al principio—. ¿Quieren hacer algo importante?

Todos me miraron, sorprendidos. Alguien soltó una risa burlona.

—¿Importante? ¿Y tú qué sabes de eso, Lucía? —dijo Andrés, el más desinteresado del grupo.

—¿Quieren ayudarme a salvar una biblioteca? —pregunté, sin darle mucha importancia a lo que decía.

Un par de risas nerviosas siguieron, pero lo curioso es que ninguno se rió demasiado fuerte. En vez de eso, hubo una pausa.

—¿Biblioteca? —preguntó Carla, que siempre había sido más curiosa que los demás.

—Sí —respondí, sintiendo que la respuesta ya no era solo una broma—. La vieja biblioteca de don Luis. Está en ruinas, pero estamos tratando de rescatar lo que queda de los libros.

Nadie dijo nada de inmediato. Pero al ver sus caras, pude ver que algo se movía dentro de ellos. De alguna manera, había tocado un nervio que no sabía que existía.

Finalmente, Andrés fue el primero en hablar.

—¿Por qué no? Puede ser divertido.

Y así, con pocas palabras, empezamos a reunirnos cada tarde en las ruinas. No fue fácil. Algunos venían solo por curiosidad, otros porque no tenían nada mejor que hacer, pero poco a poco, como si las palabras de don Luis hubieran encontrado un lugar en sus corazones, comenzaron a tomarlo en serio.

Los días pasaron, y las tardes en la biblioteca en ruinas se volvieron una rutina. Cada uno de los chicos hacía lo que podía. Algunos ayudaban a apartar los escombros, otros limpiaban los libros, y unos pocos comenzaban a organizar los que ya estaban en buen estado. Don Luis nos guiaba, siempre tranquilo, siempre paciente, mostrándonos cómo limpiar las páginas sin dañarlas, cómo restaurar las cubiertas, y a veces, contándonos pequeñas historias sobre los libros que encontrábamos.

Un día, mientras limpiaba una antigua edición de *Cuentos de la abuela*, descubrí algo que hizo que mi corazón latiera con fuerza. En la última página, casi borrada

por el tiempo, había una dedicatoria. Estaba escrita con tinta roja, y aunque algunas palabras estaban borrosas, pude distinguir lo suficiente:

"Para el pueblo de San Estrella, que siempre mantuvo la luz del conocimiento viva."

Mi respiración se aceleró. Esa dedicatoria era más que palabras. Era un vínculo entre nosotros y quienes habían estado aquí antes, un recordatorio de que, de alguna manera, lo que hacíamos importaba. La biblioteca no era solo un edificio antiguo. Era un legado, un símbolo de lo que el pueblo representaba.

Don Luis me vio mirándola y se acercó.

—Lo ves, ¿verdad? —dijo, su voz suave pero llena de significado.

Asentí sin decir nada. Había entendido. La biblioteca era mucho más que libros. Era la memoria colectiva de un pueblo, algo que no podíamos dejar que se desvaneciera en el olvido.

La noticia de lo que estábamos haciendo comenzó a extenderse por el pueblo. Algunos comenzaron a ver la biblioteca con otros ojos. A principios, los más escépticos, como el alcalde, no podían entender por qué perder tiempo con algo tan "irrelevante". Pero a medida que el trabajo avanzaba, comenzaron a notar que algo estaba cambiando. La gente se reunía en las ruinas no solo para salvar libros, sino para compartir historias, para reencontrarse, para recordar lo que significaba ser parte de este lugar.

Una tarde, mientras estábamos organizando una pila de libros restaurados, vi que más personas se acercaban. Entre ellos estaba Andrés, Carla, el panadero, y algunos vecinos mayores que nunca imaginé que estarían allí. Cada uno trajo algo: una silla vieja, una lámpara, algo de comida, o simplemente su presencia.

Fue en ese momento, cuando la gente comenzó a ayudar de forma voluntaria, que entendí lo que don Luis quería decir. No estábamos simplemente rescatando libros. Estábamos reconstruyendo algo más grande. Estábamos recuperando nuestra comunidad.

El tiempo pasó rápido entre las ruinas de la biblioteca. Unas semanas después de que la comunidad comenzara a reunirse, el lugar ya no era solo escombros. Había algo palpable en el aire, algo que no se podía ver, pero sí sentir. El polvo que antes llenaba el espacio ahora se mezclaba con las risas y las conversaciones. Las paredes caídas no solo fueron restauradas, sino también los lazos rotos entre los vecinos. Todos compartían algo más que el trabajo; compartían la sensación de pertenecer, de estar reconstruyendo algo que se había perdido, no solo físicamente, sino en el alma del pueblo.

Una tarde, mientras limpiaba una estantería que aún se mantenía en pie, vi a don Luis, sentado en el rincón donde antes estaba su escritorio, mirando hacia

el montón de libros que habíamos apilado. Había algo en su expresión, una mezcla de satisfacción y nostalgia, que me hizo acercarme a él.

—¿Qué piensas, viejo? —le pregunté, sin saber exactamente por qué.

Él no respondió de inmediato. En lugar de eso, miró a su alrededor, a todos los que estaban trabajando: algunos reparaban los estantes, otros limpiaban las mesas y otros simplemente observaban, compartiendo historias y risas.

—Pienso que esto es solo el principio, Lucía —dijo, su voz más suave que nunca—. La biblioteca no es solo un lugar de libros, es el latido de este pueblo. Mientras haya gente dispuesta a luchar por el conocimiento, siempre habrá esperanza.

Sus palabras me dejaron pensativa. No entendía completamente lo que quería decir, pero algo dentro de mí sintió una verdad profunda. La biblioteca no era solo un edificio; era el espacio donde todo lo que había sido y todo lo que podía ser se reunía. Un lugar que, incluso después de caer, seguiría siendo el corazón de San Estrella.

Finalmente, después de semanas de esfuerzo colectivo, la biblioteca estaba lista para ser inaugurada de nuevo. No era como antes, claro, las paredes ya no eran las mismas, pero había algo inquebrantable en su esencia. Un grupo de nosotros se reunió para preparar el evento: algunas sillas, una mesa improvisada, y una pequeña pancarta que decía, simplemente, *"Reapertura de la Biblioteca de San Estrella"*.

Esa tarde, cuando el sol comenzaba a caer y las sombras se alargaban, los habitantes del pueblo comenzaron a llegar. Algunos con curiosidad, otros con más entusiasmo. En la esquina del salón, don Luis estaba rodeado de libros recién restaurados, organizándolos con la misma pasión que había mostrado desde el principio. Nadie se atrevió a decirlo, pero todos sabíamos que algo había cambiado en todos nosotros.

—Es el momento —dijo Luis a medida que la gente se asentaba.

Entonces, nos dirigimos hacia el centro del salón. Lucía, que ya había estado liderando gran parte de la restauración junto a Luis, se adelantó. No sabía si tenía miedo, pero sabía que aquello era mucho más que solo una biblioteca; era un símbolo.

—Hoy, no solo reabrimos un edificio. Hoy reabrimos nuestro espíritu, nuestra memoria y nuestra esperanza. Cada libro aquí no solo tiene una historia que contar, sino que es una oportunidad para escribir nuestra propia historia. Estamos aquí para aprender, para soñar, para recordar lo que significa ser una comunidad. La biblioteca no es solo para leer, es para vivir.

Hubo un silencio profundo. Nadie se atrevió a aplaudir aún. Todos, en ese momento, entendieron lo que había detrás de mis palabras. La biblioteca representaba mucho más que un montón de libros, representaba la esencia de lo que San Estrella había sido y, si trabajaban juntos, lo que podía llegar a ser.

Pasaron los meses, y la biblioteca nunca volvió a ser lo que había sido antes. Era mejor. Las estanterías siempre estaban llenas de libros restaurados, pero también de algo que no habíamos esperado: visitantes. Personas de los alrededores, incluso de otros pueblos, venían a ver lo que habíamos logrado.

Don Luis tenía razón. La biblioteca no solo había sido restaurada. Había sido transformada, junto con nosotros. Y mientras sus puertas siguieran abiertas, San Estrella seguiría viva.

Gracias, por leer el libro, me esforcé bastante en escribirlo, pese a que probablemente muy pocos lo lean, me parece que solo basta que una persona que entienda el mensaje lo lea a que cien personas que no saben apreciarlo, así que gracias de parte del autor por leer el libro.